dinastía Dze-n-nonita, su viejo y desigual caserío provisto con frecuencia de blasonados escudos, los tradicionales palacios de la rancia nobleza castellana, esos mil y mil detalles que avaloran ante el artista la, para el profano, prosaica vulgaridad de nuestras viejas é históricas poblaciones, todo habla á los ojos y al alma en la *Toledo de arriba*, todo parece rodeado de una aureola de gravedad venerable, que las autoridades y el pueblo parecen conservar á porfía. El simple anuncio de que se había resuelto por la corporación concejil la alineación de una de las más céntricas y concurridas calles bastó en cierta ocasión para que se organizase en el acto una manifestación imponente que con su actitud firme, aunque templada, hizo desistir á los ediles de su propósito.

Cualquiera podría creer, al leer lo precedente, que los toledanos obran en esto, sugeridos por un estrecho espíritu rutinario, incompatible con todo género de legítimos progresos y adelantos.

Y, sin embargo, no es así. Pocos pueblos de la península, ninguno quizá ha sabido reunir dentro de su recinto mayores y más nuevos atractivos y comodidades con que hacer grata la estancia del forastero y esprimir su bolsillo. En prueba de lo que digo, sólo he de citar dos casos, ambos relativos á la locomoción: Para facilitar más las comunicaciones entre la ciudad alta y la baja, háse utilizado un medio sencillísimo y seguro que, á creer al concesionario de este negocio, le proporciona muy pingües ganancias. Dos estaciones solas—la superior instalada en la explanada del Alcázar y la inferior en el extremo Norte de la ciudad moderna—monopolizan todo el movimiento de esta singular línea en que no hay carriles, traviesas, vagones, carruajes, ni aun camino alguno trazado por mano del hombre; el camino es simplemente el aire atmosférico y los vagones dos inmensos globos cautivos que, mediante una ingeniosa combinación de sólidos cables y tornos movidos al vapor, funcionan con la mayor precisión, transportando en su seno cientos y cientos de pasajeros al día.

(Continuará).

LOS TROVADORES

POR

ABDON DE PAZ

EL Mediodía de Francia constituyó parte de nuestra monarquía visigoda. En sus campos murieron Teodoro luchando contra Atila (451), Alarico II luchando contra Clodoveo (507) y Amalario luchando contra Childeberto (531).

Desde Walia á Gesaleico (417-511) nuestra corte predilecta fué Tolosa, y, aun trasladada aquélla á Toledo, los sucesores de Ataulfo miraron con tanto empeño la dominación transpirenaica, que Leovigildo, anciano y achacoso, envió á su hijo Recaredo á contener la invasión del rey de los francos, Gontran (585), y Wamba acudió en persona á sofocar la rebelión del conde de Nimes, Hilderico (673).

El Loira dividía entonces á las Galias en dos zonas, de suyo antitéticas. Allende el río los francos, representantes de la rudeza germánica, con su espíritu católico y monárquico y siempre en acecho de conquista sobre el Sur. Aquende el río los godos, representantes de la molición, excitados con su espíritu herético y anárquico y siempre en guardia de independencia contra el Norte. Y allende y aquende un atraso intelectual que llegaría á que el Concilio de Narbona de 589 autorizara el ingreso en el sacerdocio de sujetos que no sabían leer. Ni podía gloriarse de superiores adelantos la misma Roma, cuyo pontífice San Agathón (679-682) se lamentaba cien años después de no hallar persona bastante instruída que enviara de Nuncio á Constantinopla (1). ¿Qué extraño, dadas tales condiciones, que nuestro gran filósofo del siglo VII, San Isidoro, enseñanza de Alcuino, y nuestro gran código de Santa Leocadia, admiración de Guizot, despertaran general entusiasmo en la cuenca pirenaico-alpina?

La invasión africana, ocurrida á poco, aumentó estas corrientes de cultura. El emir Alhaor, apoderándose de Narbona (715); Alzama, siguiendo hasta caer de una lanzada ante los muros de Tolosa (722); Ambiza, clavando su estandarte en Lyon, y yendo herido á morir á Autum (275), y el emir Abderrahmán, tomando á Burdeos, incendiando á Poitiers y disponiéndose á marchar contra Tours, cuando perdió con la vida la batalla que le presentaran las legiones aquitanias del duque Eudón, unidas á las francas de Carlos Martel (732), llevaron en sus armas reflejos de la civilización oriental que, al mezclarse con los de la occidental proyectados de atrás por nosotros, coadyuvaron directamente al nacimiento del arte provenzal ó lemosín, conjunción del escolasticismo y del arabismo sobre la enciclopedia de las *Etimologías* y la democracia del *Fuero Juzgo*.

Mientras Francia, víctima de las luchas civiles de austrasianos y neustrasianos, apenas reconocía la autoridad de los hijos de Meroveo, é Italia, víctima de las dominaciones extranjeras de helenos y

(1) Agath, *Epístola ad Constantinum Pogonatum*.

lombardos, se dividía y subdividía en cantones atomísticos, España, presintiendo el alborear de las grandes nacionalidades, y portanto de las grandes literaturas, habíase mostrado con Chindasvinto, Recesvinto y Wamba tan unida ante la fe y la ley, tan rica y pujante, que, agobiada posteriormente bajo el peso de interminables irrupciones, conservaría fuerza, no ya para vencer á los ejércitos de Carlomagno en Roncesvalles (778) y de Hisén en Lutos (801), sino para enviar á la misma corte carlovingia poetas de la talla de Teodulfo, que murió de obispo de Orleans.

Pueblo que realizaba tales proezas, necesariamente había de adelantarse á celebrarlas en inspirados himnos orales y en minuciosas crónicas escritas: himnos y crónicas que irían desarrollando aquella fuerza templada por la religión, aquel carácter bélico pacífico, musa del diamantino *Canto de Altabiscar*, cuyos onomatópicos versos, representados hoy por los *dantzuriac*, remedan el «¡quién vive!» del fiero patriota y el ladrido del perro vigilante, al rumor de los jinetes invasores que se acercan, y el sonar de los cuernos, y el silbar de las flechas, y el rodar de los peñascos, y el borbotar de la sangre, y el huir de los vencidos, y el reír de los vencedores, echados sobre sus trompas y carcazas y abrazados á sus esposas é hijos, que en vano escuchan y miran en tan silenciosa y oscura noche, porque sólo oyen el voraz castañeteo de las alimañas, y sólo ven la fosfórica luz de los huesos, «que blanquearán allí eternamente.»

El eco mágico del himno de Roncesvalles despertó sin duda á nuestros bardos, quienes en torno del sepulcro de Santiago debieron componer los primeros romances místicos, y en torno del califato de Córdoba debieron componer los primeros romances caballerescos. ¿Qué importa que las trovas originales, recitadas de memoria ó redactadas á la ventura, se hayan perdido en el transcurso de los tiempos, cuando en los pocos documentos gráficos que nos quedan, anteriores al siglo XIV, y en los hechos que los acompañan, hay base suficiente para que la imaginación reconstruya con exactitud matemática?

Esta fermentación psíquica del porvenir que, al desligarse del pasado, busca expresiones que respondan á las necesidades del presente, obligó á los oriundos del Lacio á chapurrar, desde el Estrecho de Calais al de Gibraltar y al de Mesina, una jerga babilónica, compuesta de detritos arios, semíticos y aun camíticos, cuyos orígenes idénticos y cuyas gestaciones rudimentarias hicieron que fuese generalmente comprendida. Así, al au-